26

1

229978



EL CUENTO GALANTE

Elvira "La Espiritual„

por Emilio Carrere

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

10 CÉNTIMOS

AÑO I — 2 de Octubre de 1913 — NUM. 26

EL CUENTO GALANTE
SALE LOS JUEVES
Fuencarral, 24.—MADRID
DIRIGIR LA CORRESPONDENCIA AL CARRERE

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
Madrid y provincias: Trimestre, 1,25 pesetas. Semestre, 2,50. Año, 5.
ANUNCIOS Á PRECIOS CONVENCIONALES
NÚMERO SUELTO, 10 CTS.

1
229978

Concurso de EL CUENTO GALANTE

ORIGINALES RECIBIDOS

Número 105.—"Pasionaria". Lema: Sensitiva.

Número 106. —"La garra del burdel". Lema: Sol.

Número 107.—"¡Abandonada!" Lema:

Quen nos xuramentos
fia da muller,
pol'o que en tí vexo
moy burro ha de ser.

Número 108.—"Cleopatra, reina del café de la Marina". Lema: Ella.

Número 109.—"Zulima". Lema: El muerto al hoyo...

Número 110. — "La santa Elena". Lema: Capricho.

Número 111.—"Uno que nada sabe". Lema: Para el concurso pobre, es el oro.

Número 112. — "Anulación (Tríptico)". Lema: Arte y Libertad.

Número 113. — "La llaga". Lema: Port coitum animaho tristid, Ovidio.

Número 114.—"Naufragio". Lema: Une romanesque.

Número 115.—"Don Carnal y Don Amor". Lema: ¿Soy moralista?

Número 116.— "De espíritu y cuerpo: Lema: Cristobalino y Cristóbal y Lino.

En el número próximo seguiremos dando cuenta de los originales recibidos.

NUESTRO NÚMERO PRÓXIMO PUBLICARÁ

LA QUERIDA

Novela por ANTONIO GUARDIOLA

R. 333526O

47/1703717
BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

ELVIRA "LA ESPIRITUAL"

El comedor de la Eustaquia

—¡Pura, Matilde! ¡Que ya está aquí el piano!

Se oyó un revuelo crujiente de enaguas almidonadas, estalló un triunfo de risas como un parloteo de pájaros locos, y joviales, á medio vestir, las muchachas salieron al balcón.

Abajo, en la callejuela lóbrega, sumida en la sombra azul y melancólica del crepúsculo, el organillo desgarraba sus acordes epilépticos. Las resonancias contorcidas y canallas del último tango tenían como eléctricos estallidos á cada giro metálico y vibrante del cilindro.

Tres mozallones rufos, con planta de jaque, bien vestidos y lucientes, con persianas y pañolillo de seda anudado sobre la nuez, guiñaban á las mozas del balcón, apiñadas en pintoresco tropel de colores abigarrados, de vestidos joyantes y de rosas detonando sobre las cabelleras destrenzadas.

—¿Vas á *la Flor* esta noche, Hortensia?

—En cuanto cene. Me tienes que enseñar *las marianas*.

—Lo que tú quieras, reina.

Y el mozo pavoneaba su guapeza fanfarriosa, ladeando la gorrilla de seda sobre su cara pálida, afeitada y cínica, que tenía estereotipado un gesto sensual de truhán madrileño.

Las monedas tintineaban rebotando sobre el empedrado. Ellas las arrojaban con garbo de reinas, como ofrenda de amor á la gallardía de sus amantes de corazón. Eran monedas venidas por el camino del placer y que al placer se tornaban lo mismo que sus vidas, que ardían hasta extinguirse en el deleite de las caricias cobradas y en el delirio de los besos que ellas pagaban á su vez.

Del interior surgió una voz villana é imperativa:

—¡Oye, chica, dile que suba al *Chulo del pañuelo!*

Julián, *el Chulo del pañuelo*, era una especie de sultán con pantalones abotinados. Todas las mozas del partido se morían por él; era un bailador de cartel en la Flor, en la Manzana y en la Costanilla, pintorescas universidades de organillo, de vino y de amor; verdadero chulo de baile, tenía la vocación de su arte y hacía de él un sacerdocio, un acto trascendental. Bailando á izquierdas y de tacón, era realmente un catedrático. Cuando quería lucirse, é iba emparejado con *un punto*, apoyaba los labios en la frente de la mujer, la aprisionaba por las caderas con la mano rígida y abierta y se marcaba con tanta elegancia y sentido del ritmo, mostraba tantas gentiles posturas, que muchas veces se vió honrado con el beneplácito de Pepe *el Vallecas*, el bastonero de *la Flor*, viejo chulapo, doctor en bellaquería y sumo pontífice del baile *agarrao*.

—¡Vaya un gachó! Bailas como los ángeles, Julián.

—Y eso que la *corza* con quien ibas es una *pasmá* – añadía algún admirador.

En la puerta del cuarto se encontró á la Estrellita, lívida, espectral, con las huellas del colorete de la noche anterior, que daba una sombra azulenca á sus mejillas flácidas, donde ardía la fiebre extenuadora y constante de la tisis.

—¿Cuándo te vas á mudar á alguna sacramental, alma mía? Me parece que ya es razón.

La ramera siguió sin responderle. Iba envuelta en un mantón raído y se tocaba con un pañuelo de seda de donde salían las greñas de un rubio sucio y cenizoso. Los ojos parecían cristalizados y miraban con una fijeza húmeda, bestial y triste. Sus pies chocleaban monótonos bajo los zancajos. Era una ruina del amor, un sér casi sin sexo, porque las caderas se escurrían bajo la saya, y los senos escuálidos colgaban del tórax como dos bolsas exhaustas. A cortos intervalos, de su pecho hundido salía un hipo lúgubre y grotesco. Pero cuando estaba horrible, alucinante, monstruosa, era en la hora del amor, cuando jalbegada su miseria de albayalde y de carmín, salía á ofrecerse por las esquinas como una furia de horrorosa lascivia.

La señora Eustaquia, fondona, ventripotente, de manos gordas, rojas y enjoyadas, salió á recibir á Julián. Era la dueña de aquel hostal de placer y de picardía.

—Si quieres una copa, pasa al comedor, hijo. Las chicas están toda la tarde jugando á la raposa.

La entrada del *Chulo del pañuelo* en el comedor del prostíbulo fué un verdadero éxito. Todas le agasajaron con amoroso rendimiento. La Hortensia, una morena fuerte, calina, de ojos de sultana y magnífica pompa de curvas, se echó á su cuello y le besó en la mejilla con besos largos y glotones.

—Anoche te estuve esperando, vida. Quiero que me enseñes las *marianas*.

—Pues si no coges un *canelo*, vete después por el baile.

—Mirad lo que es un buen mozo, todas las hembras se lo rifan—gritó la Eustaquia con su voz agria, que en vano quería dulcificar el hábito de la complacencia.

Había allí un vaho intenso y lujurioso de carne de mujer y de perfumes baratos. La lámpara colgante esparcía una luz casi roja sobre la camilla con tapete de yute; su resplandor era más ténue porque aún no era noche cerrada y el crepúsculo iba muriendo largamente en los cristales en una dulce agonía violeta.

En torno á la mesa, las niñas jugaban á la raposa con unos amigos y con Juanito Carvajal, un viejo *croupier*, chocarrero y canalla, á quien la Eustaquia daba albergue por caridad en un desván de la casa. Era la coima de Pepe *el Vallecas*, portero de garitos antes que bastonero y cofrade de Carvajal en timbas y trapacerías, y su hombre la había obligado á *tener la misericordia* de mantener al tahur, que se pasaba la vida allí dentro, contando cuentos de cuartel, fumando de *gorra* y de harto libre regodeo con las pupilas.

Las señoritas de la casa, procazmente desvestidas, seguían los azares del inocente juego de la raposa con risas plebeyas y cínicas vayas. Eran un carnal hacinamiento de descotes donde los senos fuesen rosas temblorosas de pecado surgiendo del encaje de las camisas coquetonas. Los amigos interpolaban misteriosos escarceos por lugares sabrosos en los incidentes del juego, y los rizos rubios, castaños, negros, rozaban la cara de los *clientes* con picante y cosquillosa insistencia.

—Oye, Julián, ¿cuándo vamos á conocer á esa perla?

—Algo durilla estaba; pero ya la he camelado, y luego, al salir del baile, la traeré por aquí. Ya la verás. ¡Canela fina!

—Pues si la chica se queda, puedes contar con los treinta *machacantes*, barbián.

Se oyó la voz del viejo tahur:

—Y esa filigrana de mujer, ¿es... doncella?

—Lo fué...—respondió *el Chulo del pañuelo* con un guiño donjuanesco y canalla.

Era ésta de vender mujeres una de sus granjerías más pingües. Su prestigio de chulo de baile le cautivaba el albedrío de muchas jóvenes, que se le rendían con esa pasión fanática y abnegada de las chulillas madrileñas. Como un príncipe de la galantería, gozaba de las primeras flores del nuevo amor, rosas de llama y de delirio, y pasado el inefable ardor de las iniciaciones, cuando la carne femenina dejaba de ser nueva y no había ningún lugar con el encanto del secreto para sus lascivas audacias, contrataba con alguna celestina la compra de la neófita, que el dolor del amor y de la vida negra convertiría presto en doctora sutil tras de la incineradora cancela del lupanar.

De súbito, entre las hetairas, se alzó un remolino de insultos soeces y de procaces chulerías.

—Ya sabes que no me gusta que te *times* con el hombre que está conmigo, *so pendón*.

—¡Pues no estás tú poco *enchulá*, princesa! ¡A ver si va á poder ser!

—Vamos, niñas, no os descompongáis, que hiede—arguyó Carvajal, con sus rentois de viejo chulo, zumbón y desdeñoso.

—Es que la Araceli está como una perra. A mi me sobran los hombres á *puñaos*, ¿sábes?

Araceli, la rubia, sintió el insulto en pleno rostro, como una cosa cortante, y de pie, en jarras, cantó con retintín descocado y peleón:

—No te des tanto postín,
no tedes tanto postín,
que le debes cuatro gordas
al amo del cafetín.

Y el vistoso concurso tarareó el estribillo llevando el compás con un repiqueteo de dedos sobre el tablero de la mesa:

—¡Con el garrotín, con el garrotín!...

Bien presto hubo de acabarse la disputa; pero no quería el diablo que reinara la paz en aquella santa casa. Oyóse un gran fracaso en la escalera, aullidos de rabia y de dolor, clamoroso bullir de lucha y el golpe seco de una cabeza humana chocando brutalmente contra la dureza de los ladrillos.

Cotidiano solaz debía de ser aquél, porque ninguna mostró inquietud al oir el trágago de la pendencia.

—Es la Antoñito, que le está dando el *diario* á su cariño.

Extraño cariño era el que se mostraba con tan ejecutivos requerimientos. El amor de la Antoñito era Estrella, la ramera espectral, hiposa y moribunda. Unión monstruosa y alucinante, digna de un capricho goyezco, mezcla de desenfrenada lascivia de unos sexos gastados y pervertidos y de los mutuos envilecimientos del lupanar y del alcohol. Las unía una cadena brutal de besos y de injurias, de hambres y de fiestas canallas, de golpes y de halagos extenuantes. Se conocieron cuando la Estrellita empezaba y su coima iniciaba su honorable oficio de rodrigona, menester de muy castiza y antañona prosapia en los anales de la clásica picardía española.

—En aquel tiempo, mi Estrellita era una alhaja—solía decir . Tenía unos lindos ojos azules y una boca muy fresca, que la han devorado los hombres y el tiempo. ¡Ay, á todas se nos ha de comer el corazón la tierra!—exclamaba con un suspiro filosófico mientras chupaba con deleite una punta de cigarro.

Todas las doncellas del buen vivir tenían un miedo respetuoso á la Antoñito. Era una criatura andrógina, con bravuras de macho y sapiencias de alcahueta. Gran aderezadora de virginidades malparadas, con habilidosas suturas, sabía fingir hasta tres rosas de un mismo rosal, para cebo de galanes caprichosos y de viejos verdes de rolliza bolsa. Pero en aquel hostal en que se hallaba á la sazón nunca pudo lucir sus maravillosas artes de revoco, porque las damas de aquel palacio, de puro descosidas y vueltas á zurcir, apenas tenían de dónde prender la aguja milagrosa.

Era baja, gordezuela, con una grosura flácida y reluciente. Su voz era de macho, áspera, bronca y blasfema. El cabello, negro y crinoso, le caía sobre la nuca en grácil peinado de gitana. Sus ojos, todos pupila, eran de una negrura opaca; como si no hubiera llorado nunca, con reflejos sangrientos y metálicos de una crueldad bárbara y felina, y resaltaban como dos ardientes carbones sobre la cara pajiza. La boca era una puñalada bermellón. Solía prender rosas en su cabello, y sobre los hombros angulosos un pañolito filipino de largos flecos, rojo, blanco, amarillo... Era recadera y dueña vigilante, y bajo su férula no había miedo de fugas ni de que las niñas concediesen una rosa de capricho. Tenía una leyenda cruel, de sangre y de ferocidades. Un día, á la Estrellita la golpeó de tal guisa que, desde entonces, conserva aquel hipo grotesco y lúgubre. La hundió la tabla del pecho. Y eso que era la preferida de su corazón.

Cuando hubo acabado de tundirla á su sabor, como era piadosa costumbre cotidiana, penetró en el comedor de la Eustaquia. Del bolsillo del delantal sacó la cajetilla, lió un pitillo y lo encendió con varonil desenfado.

—¿Hay algo que hacer, ama?

—Acompaña á la Araceli al salón de peinar, que ya va siendo hora.

El comedor se fué quedando solitario. Hubo un revuelo frívolo de pájaros, un desfile de ojeras amoratadas, de labios pintados, de cabelleras prendidas escandalosamente de flores.

En la puerta quedó en espera la Antoñito, como la furia vigilante de aquella caverna. Abajo se oía de vez en vez un sisear discreto, y en el callejón negro las ventanas iluminadas parecian guiñar al pasajero, como las pupilas flamígeras de la serpiente del pecado.

Los treinta dineros.

El baile de la Flor era copioso vivero de pícaros, tahures y demás hijodalgos de la gollofa y del bronce. En el piso primero de un rancio caserón de aspecto prócer, con amplia y señorial portalada y holgados balconajes sustentados por firmes basamentos de piedra gris, se oía todas las noches la música del organillo, que caía con lentos dejos de melancolía sensual en aquellas callejuelas solitarias y llenas de tenebrosa inquietud.

En el zaguán lucía un foco amarillento como una pupila espectral. El salón de baile, pintado al temple con alegorías chabacanas, hervía de humo denso, de aromas fuertes y de carne de hembra sudorosa.

En el centro, Pepe *el Vallecas* ejercía su alto ministerio, siempre con su cetro de pino barnizado, con colgajos y pintorescas alharacas. Había sido en su mocerío de vendaval afincado colono en las ardorosas tierras de Ceuta, donde le llevaran el humor peleón y arbitrario; de los patios de Cartagena y de Ocaña, donde fué á tomar la borla de doctor en majeza y en bellaquería. Era alto, magro, fanfarrioso. Los tufos, relucientes y canosos, se le pegaban á las sienes apergaminadas. A ratos tenía desgaires calderonianos; ya sabían todos los chulos que delante de él no podían maltratar á sus barraganas. *El Vallecas*, entonces, era un bravo mosquetero. Cuando no estaba en casa de la Eustaquia, su paradero fijo era en la taberna de enfrente; el noble juego del *mús* era un venero diario para sus añejas artes de fullería.

Al morir los acordes cálidos y anhelantes de una habanera, todos volaron al ambigú. Los mozos las llevaban asidas por el talle, y ellas les rodeaban el cuello con el brazo.

El Chulo del pañuelo estaba sentado junto al mostrador con su pareja. La florista, una vieja cínica y zurcidora de buenos deseos, vagaba ofreciendo ramitos de violetas.

—Oye, Celia, da de beber á Julián y á la compañía.

La compeñera de Julián, apoyada en el hombro de su amante, bebió la copa que le trajo Celia, la jamona del mostrador.

– Pero ¿qué te pasa, chica? Parece que estás de monos.

– Es que no me decido, Julián; me da mucho asco esa vida.

—Todo es acostumbrarse, pichona. Ese es el mejor camino para las mujeres de *trapío* y que *chanelan*. Lo que es cosiendo trapos no podrás pasar de uno de cuarenta con verdura.

Hubo una pausa de dolorosa batalla interior para la joven. Julián se holgaba contemplando sus magníficos zapatos de charol, que representaban el amor generoso de alguna pecadora.

—Y, además, ya sabes que si no llevo la *pasta* esta misma noche, tarifo con el centro de pianos. Conque en tu mano está, vidita...

La idea de que su sacrificio iba á ser útil á su amante pareció decidirla. Su alma, toda llama y abnegación por aquel hombre, se sentía confortada por una oleada de orgullo.

—Si es para que tú te salves, Julián, vamos cuando quieras. ¡Ya sabes que me tienes loca, nene mío!

En el salón comenzó el piano á descoyuntarse en estridentes armonías. Todos se apiñaron, entre carcajadas y diálogos pintorescos llenos de desgarro y de carnales insinuaciones,

—¡Es la Hortensia, que va á marcarse la *farruca!*

La Hortensia comenzó á bailar con esa danza híbrida que mezcla dulzuras añorantes del Norte con retorcimientos y cadencias sensuales de zambra moruna.

Los ojos de la bailadora se entornaban, y tras de la reja de las pestañas ardía una lumbre de hechizo y de concupiscencia. Empieza el baile con un zapateado de gallardo donaire, con pinturerías flamencas y toreras y un poco de pandereta; después suena una tonadilla dulce y galaica, y la mujer se afirma el blanco cordobés y se recoge la falda para dar más provocación á la curva de las caderas. Mas luego el organillo rompe en cadencias de tango, y el vientre de la bailadora tiene supremas euritmias de bayadera. Por encima del halda, en los intensos contorcimientos, se dibujan los dos caminos que llevan á la divina gruta de Venus. Un lento y monorrítmico compás de atambor se junta al canto de las guzlas, y los brazos de la bailarina se trenzan en guirnalda ó alucinan con un diablesco cabrillear de piedras preciosas sobre los dedos poseídos de un epiléptico temblor, mientras la cabeza se desmelena y los rizos caen como negras víboras enroscadas sobre el cuello ambarino, y el busto yergue su sensual magnificencia, tembloroso y erecto como dos grandes copas de delirio y de condenación.

Julián y su pareja salieron del baile. La luna prendía sus azules festones en los negros tejados. Al pasar por la calle de Ceres vieron á una mujer astrosa á la puerta de un burdel, que cantaba una saeta lúgubre con su voz ronca de alcohólica. Se veía la luz del interior á través de la cortinilla sangrienta y obscena. La muchacha sintió un estremecimiento de horror y se apretó contra su amante. Más allá, en el claro de un solar, un negro ciprés se alzaba con la yerma melancolía de una plegaria.

Cuando llegaron, el callejón del Horno de la Mata estaba tomado amorosamente por las dulces corderas de quienes la Antoñito era fiera pastora.

La Eustaquia les recibió zalamera, en una salita llena de estampas de santos en torno de una placa del Corazón de Jesús, porque la honrada mujer era muy devota, y aun extremaba su fervor encendiendo lamparillas para que la suerte se entrase en forma de dadivosos mancebos por las puertas de su honesto comercio de carne de falda, como hubieron de llamar á tan frágil mercancía los redomados tunos que escribieron de amor y de barraganía en el dorado siglo de nuestras letras.

—La chica es una alhaja, y si es dócil y se deja llevar de mis consejos, aquí estará como una hija.

Y la besuqueaba, complacida de su buen palmito y donosura.

Á poco subió la Antoñito á la husma de la carne nueva.

—¡Vaya una moza que te traes, charrán!

—Porque se puede, maestra.

—¿Y cómo te llamas, hija?

—Elvira—contestó toda roja la muchacha.

—¡Bonito nombre de guerra!—dijo Carvajal, el tahur—; como es un tipo fino, debíais llamarla Elvira *la Espiritual*. Sería un gran reclamo.

Elvira era una de esas obreritas madrileñas que andan con garbo principesco. El cabello negro, peinado en bandos, tomaba fulguraciones azulinas. La cara trigueña y pálida, con las huellas de las vigilias del taller y de la vida mísera, tenía un aire de sufrimiento que le prestaba como un halo de bondad. La nariz, fina y respingada, le daba una gracia de pilluelo que contrastaba con la tristeza de los ojos negros con hondura de abismos, ardiendo como brasas en las ojeras profundas y cárdenas, huellas de las noches delirantes en que su cuerpo había sabido ser una rosa viva de pasión.

—Pues si quieres quedarte con ella esta noche puedes hacerlo.

—¡Sí, quédate, Julián! – exclamó vivamente la muchacha, buscando en su amante un escudo contra las angustias y las vergüenzas que recelaba.

—Ya sabes que no puedo, chiquilla. Me aguardan en la taberna del Regatero.

Algunos instantes después, *el Chulo del pañuelo* salía sonando alegremente las treinta monedas de la venta. Tras de Elvira se cerró la terrible cancela que la separaba del mundo sano, alegre y honrado. Comprendía toda la intensidad de su desgracia, de la locura que había cometido por su ciego amor á aquel rufian, y lloró mucho, con la cabeza entre las manos. Al rato escuchó una voz bronca y encanallada que musitaba vulgares palabras de consuelo, y unas manos ásperas y hombrunas que trataban de enjugar su llanto.

—Vaya, chica, no te apures. Ese es un charrán, que vive á costa de las *primas*. Pero aquí no te faltará nada... ¡Yo te querré mucho!—y la voz jadeaba en un ardiente temblor de celo.

La acariciaban las manos largas y finas, la besaban en las mejillas con melosos besos de perjurio, y de súbito sintió con asco que la cubrían la boca los labios sangrientos y feroces de la Antoñito con besos largos y absorbentes de vampiro.

—¡Vamos, señora; haga el favor de dejarme en paz!—; y se irguió arrogante en actitud de fiera gatita.

Ante ella brillaban los ojos opacos y saltones de la feroz rodrigona, con el ardor concupiscente que abrasaba su cuerpecillo anguloso, andrógino y cruel.

Elvira «la Espiritual».

Con tocado de flores sobre los rizos negros, peinada de peinadora, llena de vistosos moños brillantes de bandolina, con arrogancias de gran dama, envuelto el cuerpo garboso y ondulante en *un manila* negro, de largos flecos; con un tentador *frou-frou* de joyantes enaguas ricas y almidonadas sobre la media calada y los quiméricos chapines, Elvira *la Espiritual* fué bien presto la reina galante en las calles cortesanas, á la nocturna hora del amor en que lucía sus rumbos de real hembra.

La casa de la Eustaquia fué en aquel tiempo la Meca del amor madrileño. Y no fueron sólo pelafustanes rijosos, estudiantillos exaltados por las zarzuelas de Eslava y artilleros feroces como cosacos, los que acudieron en galante peregrinación á la Venus del amor barato, que, como la fama de Elvira *la Espiritual* se corrió de café en café y de calle á plazuela, entre los peregrinos nocturnos que arribaban á aquel mesón hospitalario, dicen que hubo varones de alcurnia, rectos magistrados, senadores y sacerdotes, parroquianos estos últimos capaces de acreditar cualquier comercio, por ser sibaritas y muy atinados catadores y amigos del buen género.

Así podemos decir que Elvira, en un par de semanas, acogió—en el peor sentido de la palabra—á todo el cuerpo social, en sus más rijosas representaciones.

La muchacha se iba habituando á aquel modo de vida, con esa ductilidad femenina capaz de adaptarse á los ambientes más opuestos; además, su vanidad se sentía halagada por el triunfo de su encanto fisico, que tornaba el trato de la Eustaquia, áspero y villano, en dulzón y complaciente. Poseía faldas de seda, ricas enaguas, camisas coquetas con anchos encajes y enardecedores calados, por donde se entrevén los senos, cautivos en tan frágiles mallas. Todo lo que ella soñaba en su lecho *cuando estaba honrada* y sólo tenía seis reales de jornal.

El Vallecas la dijo un día:

—Tú tienes una preciosa finca, muchacha. Si te la administras bien, no te faltarán nunca cinco *mosquitos* en la liga.

Pero el administrador de tan lindo aposento, el guardián de la gruta, el llavero del arca era Julián, *el Chulo del pañuelo*, y las monedas de los inquilinos transeuntes pasaban rápidas á su bolsillo avaro y como ofrenda al mérito de su persona.

Al salir de las jubilosas batallas de amor, en el comedor la esperaba Julián, y reclamaba su censo de guapeza y de chulería ó bien la acechaba por las esquinas para evitar el fraude en su hacienda.

Al principio, Elvira le entregaba el dinero amorosamente, con el mismo orgullo de serle útil que el día en que se vendió para que el rufián no fuese á la cárcel. Después, cuando los policías, groseros y arbitrarios siempre, la encerraron en el calabozo de la Comisaría, por capricho, por no acceder á sus pretensiones galantes y gratuitas, *el Chulo del pañuelo* no llegó á dar la cara por ella, como lo hacían los novios de sus compañeras y como era hábito y deber en la honrada cofradía de galanes mantenidos por obra del amor y de la gallarda apostura.

Una noche, después de despedir á un pingüe y generoso amigo, con caricias á tono de su liberalidad, se encontró con el chulo y la pidió el dinero. Elvira tuvo un impulso bravío, y se lo negó.

—Si quieres dinero, lo robas, ¿sabes? Yo ya he acabado de hacer la prima.

Julián comprendió que aquel negocio se le iba, y quiso recuperarlo por valiente:

—No te sulfures, paloma. Tú me alivias la *pasta*, ó vamos á salir los dos en los sucesos.

Y la cogió de la muñeca, mientras se atusaba los tufos y se tiraba de la solapa con fanfarrias de jaquetón.

La chica luchaba por desasirse.

—¡Aunque me hagas tiras, no vuelves á ver un real mío, ladrón!

—Mira, princesa, no me mientes la madre, que te voy á señalar. Tú me aflojas lo que has ganado hoy, ó...

—¡Suéltame! ¡Socorro!

El rufián, enardecido, la asió del pelo, la golpeó la cabeza contra el muro, y sus puños de jayán cayeron sobre los ojos, sobre la boca, sobre el pecho de la muchacha, cegada por la sangre, que en vano luchaba contra la fuerza bárbara de *el Chulo del pañuelo*. Al tráfago de la lucha les rodeó la chusma y bajaron algunas compañeras de la Elvira. Al verla en el suelo, sangrando, desmayada, mientras Julián la pateaba el rostro, el vientre, el pecho, la Araceli quiso interponerse, pero la Antoñito la retuvo del brazo.

—No te metas tú, chica. La pega porque es su querido.

Y continuó siendo complacida espectadora de la bestial escena, orgullosa de los fueros del sexo al que ella soñaba pertenecer.

Hora de santidad.

La rubia Araceli había notado que la dueña feroz no bataneaba á su cariño desde hacía una semana. Además, la Estrellita no salía al callejón en las horas de la aventura.

Bien presto se corrió la noticia entre las muchachas, que sintieron un vago terror, esa sensación física y subconsciente que nos hiela la medula, cuando la pálida pasa por nuestro lado.

—¡La pobre! No tardará dos días en *diñarla*—había dicho Carvajal.

Entonces se turbó la loca alegría del placentero hostal; cayó un hondo silencio sobre aquellas almas de mariposa; las pisadas fueron medrosas y tácitas, los diálogos quedos con rumor susurrante, los labios hechos para el beso y las risas cascabeleras decían palabras rotas y temblorosas de inquietud.

La estrellita estaba *de libre*. Tenía su cuartito en el piso alto, junto al desván del tahur, que algunas veces, cuando la ramera no hallaba algún beodo que compartiese su lecho de amor, solía entrar y fundir con los harapos de carne de la pecadora las ardentías de su lujuria senil.

Y sólo algún borracho ó algún loco podía dejarse ganar por los mustios encantos de la ramera, triste, hiposa y extenuada.

Su retahila era siempre la misma; todos la recordaréis, los que amáis la noche y conocéis su encanto aristocrático, y vosotros también, apacibles tenderos, que salís en busca del placer, al amparo de la sombra, tal vez para no comprometer el crédito de vuestro tenducho con una aventura escandalosa.

—Como otras tienen un chulo, yo tengo una amiguita... Aunque lleves poco dinero, no te importe, galán.

La señora Eustaquia, dama de devotas costumbres, sintió una gran alarma en su conciencia cuando supo del trance lastimoso.

—¡Tenía que pasar! Esa mala bestia de la Antoñito la ha matado á golpes. Hay que avisar á la Parroquia, pues no la vamos á dejar morir como un perro.

Al caer de la tarde, la Araceli, tocada con un velillo de beata, con un gesto compungido y humilde, fué á San Martín en demanda del Viático, y la casa se preparó convenientemente para recibir el cuerpo trigal del Crucificado.

En el salón se alzó presto un altar; una Dolorosa, atravesado el corazón por las espadas del dolor humano, sonreía melancólicamente entre los cirios, cuyas llamas se retorcían como reptiles de oro. El sahumerio expandió su onda grave y purificadora, y el alma del burdel, sensual y vergonzosa, se envolvió en un azul ambiente de ideal. Pasó un aroma de santidad sobre el cansancio del placer, esa amargura del amor, hermana de las lacerias del cuerpo y más triste que la muerte.

Las doncellas de la casa se vistieron sus más honestos atavíos; se cubrieron pulcramente los senos pecadores; hubo cintas sobre la turgencia de las gargantas provocativas; se descolgaron los cuadros de desnudos insinuantes; fué como un crespón sobre el reclamo de la carnal mercancía.

Se hizo la noche, una noche primaveral, tibia y galana. Del huerto cercano de San Martín llegaba una fuerte fragancia de acacias; de la calle ascendía un bullicio jovial y gregario, y toda la noche parecía llena de un clamor juvenil, alado y cantor.

En el callejón lóbrego y triste sonaron las campanillas de plata, y un tropel silencioso se unía al cortejo, que avanzaba destocado, con cirios humeantes en la mano, como una procesión de ánimas. Las mujeres se arrodillaban, cesaba el tráfago de los menestrales, y el clérigo caminaba envuelto en la pompa litúrgica de su manto pluvial; sus blancas guedejas, al resplandor de las hachas, parecían de oro, cual si tuviera un nimbo.

La veste talar se arrastró por los escalones del prostíbulo; la capa, filigranada tal vez por las manos pálidas y ungidas de santidad de alguna abadesa, traspasó la terrible cancela, que era como una puerta cinneraria, que separaba las dos vidas: la vida honrada, clara y serena, y la llamada vida alegre, que guarda en su seno la más densa y cotidiana amargura.

El mechinal de la Estrellita era una fementida zahurda; sobre el estuco renegrido se leían epigrafías obscenas, y junto al techo abríase un ventanuco con visillo rojo. El aire de la alcoba tenía un olor de carne sucia y de enfermedad, como si un hedor de calentura flotase en el ambiente.

La cabeza exorable del clérigo se inclinó sobre aquel montón de podre viviente. Era el momento en que un alma iba á abrirse como una flor.

Sobre la cama, el cuerpo esquelético de la Estrella parecía empequeñecido, como el de una niña, por la extenuación de la fiebre. Sus ojos tristes, húmedos y glaucos, tenían un brillo febril; sobre la palidez verdosa del rostro, las mejillas tenían un rojo sucio de almazarrón, y el sudor constante se helaba sobre las sienes hundidas. Después de la tos asfixiante, en torno de la boca lívida, la disnea pintaba un círculo azulenco, como una sombra de bozo. La frente brillaba á la luz de los cirios como el hueso mondo de una calavera.

El sacerdote buceaba en aquella conciencia confusa. Aquella criatura no tenía razón del bien y del mal; ella había vivido de su cuerpo; su sexo fué deleite ó granjería, sin que le conturbase la idea del pecado. No le importunaba acudir ante el divino Juez, que el cura le describía con patéticos tonos apocalípticos.

—Yo no he hecho daño nunca. Los otros, sí; mis padres me pegaban cuando niña; después me pegaron los hombres; más tarde... ¡Siempre me han pegado y yo nunca supe por qué!

Y pugnaba por mostrar el cuerpo desnudo, que aún conservaba huellas de los postreros batancos de la rodrigona. Su voz desgarrada se iba amortiguando, y el hipar grotesco y constante era como lúgubre estribillo. Las compañeras de la agonizante, llorosas y emocionadas por el triste decorado, iban por las estancias, silenciosas como sombras. Se abrió una puerta, penetró un aroma triunfal de primavera y se oyó lejano el bullicio jovial de la calle. En el patio había un horno de pan, y ascendía un aroma suave y hogareño de retama. La confesión había terminado, y en el hondo silencio del cuarto se oía el jadear de la tísica, igual que un silbo ténue y metálico.

Después, en las manos pulcras del clérigo, se alzó la eucarística forma; hubo un gran temblor de misterio en las almas; todas las mozas placenteras cayeron de rodillas, y del fondo de su memoria retornó todo el pasado ingenuo, el recuerdo de su vida pura, sahumando el corazón y dando á la carne lasciva y triste el dulzor de un ungüento milagroso de castidad.

La Elvira y la Araceli incorporaron á la enferma. Sus ojos parecían mirar á un más allá ultrahumano, y su alma se abría como un loto á la luna, al recibir la hostia, toda albura, sobre la lengua cárdena.

Se oyó el rumor de las preces; tornaron á sonar las cantarinas campanillas de plata, y el cortejo espectral de los cirios encendió los oros suntuosos y filigranados de la capa sacerdotal.

Al abrirse las puertas llegó de nuevo el clamor primaveral de la calle y el aroma casero del horno de pan. La Estrellita había cerrado los ojos, y á no ser por el hipo angustioso, se la creyera muerta.

Era la hora en que las chicas debían alhajarse para la deleitosa faena. Todas sentían en su carne un hondo terror; iba á ser una velada de amor lúgubre. La señora Eustaquia acabó de rezar sus oraciones, y exhalando un enorme suspiro, exclamó:

—A ver dónde está la Antoñito: que os acompañe á peinaros.

A la media noche, cuando el callejón estaba tomado amorosamente, pasó un hombre siniestro con unos hachones fúnebres y las piezas de una cama imperial. Al poco rato, otro sombrío cofrade, con un féretro al hombro, que se balanceaba como una barca. Cesaron las saetas cantadas á media voz y el sisear discreto del portal.

—Ya véis qué buena es el ama: la va á hacer entierro. Podía dejarla ir en el furgón, porque lo que le daba á ganar mi Estrellita...—dijo liando un pitillo la guardiana del desenvuelto rebaño, que más que como á pastora era temida como lobo.

En el callejón sombrío caía la luz de la cámara ardiente. En el comedor, la Eustaquia divertía su tedio con unos naipes, haciendo solitarios, y junto á la ventana, Carvajal, el tahur, canturreaba á media voz una copla jocunda:

A la mar madera,
y á la tierra huesos,
y para los hombres las mujeres *barbis*
y el vinito recio.

Por el hostal se expandía un olor macabro de espliego, de cadaverina y de perfumes baratos.

En un cuartito los dos...

Fué en un día de alboroque. La festejada era la Hortensia, la calina y sensual bailadora, y era aquella fiesta el epitalamio de la moza con un gentil y pinturero galán que había sabido rendir su corazón á costa de

todo el callejero repertorio de tangos, tientos, farrucas y *soleares*. La lírica flamenca era el camino directo para el corazón de la muchacha.

El Castizo era el donoso remoquete del galán que fué al festín con otro amigo, otra cabeza á pájaros como él. Alejandro, el amigo, era un mozo guapo y bullanguero que, según propia confesión, no había servido nunca para nada. Había sido estudiante varios años y sólo llegó á licenciarse en consumado carambolista y jugador de tute, y aun mereció la borla de doctor ligando los naipes y preparándolos con cera cuando á sus intereses convenía que pasasen pegadas todas las sotas, ó bien mostrando la puerta á los incautos para, con hábil prestidigitación, hacer el escamoteo y llevarse las monedas de los puntos chasqueados.

Después hubieron de hacerle entrar en una imprenta; pero más que el componedor y las versales, le interesaba á nuestro mozo marcharse á la Bombilla á conquistar á alguna hembra de garbo á los acordes de una habanera. Harto de sus locuras, su padre, un viejo militar de añeja hidalguía, le arrojó un día de la casa, diciéndole con solemnidad teatral:

.—¡Tú eres un hombre sin honor!

Alejandro se encogió de hombros y se fué á la alegre libertad del arroyo; pero en su corazón pesaron tristemente las palabras paternales. Su voluntad era un pájaro que amaba la luz, la música y la alegría, y se moría de tedio entre las mallas odiosas de los libros de texto y la labor de galeote del taller. Por eso volaba al sol y á la alegría de los bailes. Pero no se creía de mala condición ni despreciable.

Hizo vida de vagabundo, durmió en los jardines públicos, comió donde el azar se servía ponerle los manteles. Vivió entre hamponcillos y chicas del buen vivir; tocaba la guitarra con sentimiento y cantaba con estilo, lo que le daba fácil entrada en la algazara de los prostíbulos. Era carne de juerga; el alma chula dejaba en el alma de Alejandro su sensualidad y su tristeza; cuando cantaba esas lamentables canciones que dicen de amores, de celos y de sangre, se sentía poseído de un dulce sentimentalismo, y soñador de absurdas historias románticas de las que él era gentil protagonista, se pasaba largos espacios fumando cigarrillos, con la mirada sonámbula perdida en las mágicas islas de la fantasía.

Tenía por la mujer un culto galanle y exaltado. Cuando veía pasar á alguna linda obrerilla, coquetona y bien trajeada, la miraba melancólicamenfe y un momento soñaba con un idilio dulce y honrado que tuviera como epílogo un cuartito limpio y soleado lleno de alegría y de juventud. Pero continuaba su camino cabizbajo, musitando el solemne anatema paterno lleno de tedio y de renunciación.

—¡Esa felicidad no será nunca para mí! ¡Yo soy un hombre sin honor!

—¡A ver si vienen pronto esos cafés! ¡Que vaya la Antonio á avisar!

***

En el comedor de la Eustaquia, ante la vistosa concurrencia, Alejandro punteaba la guitarra y se disponía á cantar. La Hortensia, emparejada con *El Castizo*, hacían los honores de la fiesta; Elvira, sentada junto á Alejandro, devanaba las dulces tristezas que le suscitaba la música. *El Chulo del pañuelo* la asediaba con miradas peleonas y donaires bravíos.

—¡Tú no has de hablar con ningún hombre, porque yo no quiero!, ¿sabes?

La Elvira, medrosica, buscaba refugio instintivamente al lado del *tocaor*. Aquel muchacho le era simpático; le había visto algunas noches en la taberna de Juan, y la había convidado con palabras galanas y donosas. En los ojos negros y entristecidos del mozo había leído su vanidad de real hembra que era deseada, muy deseada, y siempre le acogía con coquetones é insinuantes halagos.

La guitarra sonaba dulcemente; las cuerdas vibraban con lentos dejos metálicos; el bordón fingía los sollozos de una voz humana.

Por la calle arriba,
por la calle abajo,
todita la noche pasea ese cuerpo
que yo quise tanto.

El último verso caía como una lágrima. Todas las rameras llevaban el compás con palmas y bulliciosa gregueria; pero por sus almas pasaba la visión amarga de la calle, en la busca humillante del amor sin amor; y comprendían plenamente la melancolía y la pasión que sollozaba en la saeta canalla y adolorida, con la tristeza de los dolores irremediables.

La Elvira se sentía posesa de una dulce emoción. Apoyaba su mano en el hombro de Alejandro y le acariciaba con los ojos negros, brillantes de llanto y llenos de una luz de alma.

Venga otra, muchacho. Cantas con mucho estilo.

Seguía el puntear agudo, nervioso y metálico.

Alejandro miró largamente á Elvira hasta el fondo de las pupilas húmedas, y cantó con voz llena de ternuras ardientes:

No me llores, no me llores,
que me pareces, llorando,
la Virgen de los Dolores.

El rostro de la Elvira tuvo una sonrisa luminosa, y se le acercó en ademán de hembra querenciosa y sumisa. El se sentía acariciado por los rizos negros, con cosquillosas dulzuras de raso; volviendo los ojos se miraba en los ojos magníficos de la chica y sentía la tibieza próxima de la carne femenina encendida en romántica voluptuosidad.

La música teje unas invisibles redes de encanto por donde van las almas, viajeras hacia un paraíso de sublimizadas sensaciones. Y por esas sendas de maravilla eflora el amor y se hace dulce tirano; cuando el corazón siente la suave inquietud, ya es prisionero do la divina emoción que ha llegado cabalgando en las ondas musicales. Alejandro y la Elvira eran dos eróticos, y por lo mismo, dos grandes románticos. Sin haberse hablado se sentían unidos por fuertes y dulces trabas. Se sentían fusionados, complementados por sus gustos afines, por su condición extrasocial, porque la especie gritaba en ellos su derecho de encarnación por tan magníficos ejemplares de la casta.

Al verlos tan encantados, la dueña, celosa, se acercó al *Chulo del pañuelo* y le habló, poniendo en sus palabras toda su alma tortuosa:

—*Cuidao* si eres manso, hijo. Te los dejas poner eu tus propios morros.

Julián se mordió los labios, sintiendo la injuria igual que una flagelación.

—Ahora voy á echar yo una. Va para tí, reina.

La Elvira hizo un mohín desdeñoso y se apretó contra Alejandro, segura de la protección del macho preferido.

Julián se arrancó por tientos; con la rabia en los ojos, que herían, al mirar, como navajas.

—Te das más tono que una marquesa cuando tu casa la barre el aire...

Alejandro dejó de tocar bruscamente.

—Anda éste con las que se sale. Eso ya está muy gastado.

Y volviéndose á la Elvira, el corazón á flor de labio, tornó á cantar, con infinita pasión, la copla honda y delirante:

En un cnartito los dos,
veneno que tú me dieras,
veneno tomara yo.

Se hizo un alto para beber. *El Vallecas* escanciaba y tintineaban los vasos cristalinos. La rodrigona se acercó al *Chulo del pañuelo*.

—¿A que no eres castizo de darle una copa á la Elvira, ahora que está con ese?

El rufián se arregló los tufos, se tiro de las solapas y avanzó rumboso con un chato de montilla:

—¿Cumple un chupito, niña?

Ella, ni se dignó mirarle; alzóse de su sitial y salió al encuentro de Alejandro, que la traía una copa.

—Bebe, Elvira.

Se apoyó, lánguida, en el hombro del mozo, con amorosa dejadez. Él abrazó su cintura fina y ondulante. La Elvira bebió, mirándole locamente á los ojos con las caras juntas. Después susurró fanatizada, con voz de fiebre:

En un cuartito los dos,
veneno que tú me dieras,
veneno tomara yo.

Julián estaba junto á ellos en una postura poco gallarda. Sintió en su oído la risa burlona, penetrante y canalla de la Antoñito.

—Oye, Elvira. Tú me has tomado de pito y te voy á cortar la cara.

Alejandro se volvió bravío, con magnífico arranque varonil, y cogió al organillero por las solapas.

—¡A ésta la miras tú como á la Virgen, si no quieres que te parta el corazón!

—¡No comprometáis la casa!

Se armó la bronca. Rodaron los muebles, entre los gritos femeninos y las bravatas de los hombres. Julián, con la faca empalmada, desafiaba á su rival desde la puerta.

La Elvira se abrazaba á Alejandro llorosa y suplicante:

—¡No salgas, alma mía, que ese es un criminal!

El mozo tuvo una sonrisa de amargura:

—¡Qué más da! ¡Yo también soy un hombre sin honor!

Y, con furor de tromba, se lanzaron los hombres á la calle, con majezas bizarras y empujes bravíos. Las mujeres se agolparon á los balcones para presenciar la pelea.

La Elvira se quedó sola, pálida, llorosa, magníficamente desmelenada. Quiso seguir á sus compañeras, pero en la puerta la detuvo la Antoñito, sangrientos los ojos opacos, con una risa triunfal sobre los viscosos labios bermellón:

—Los he *enzarzao* yo, á ver si se matan. ¡Tú no tienes que ser castiza más que *pa* mí!

Por el balcón abierto llegaba el ruido de la contienda. Se oyó luego un grito taladrante, después un torvo rumor. Más tarde se hizo un trágico silencio.

El hijo de nadie.

Elvira *la Espiritual* era demasiado sensible á las dulzuras de la voluptuosidad, y

su cuerpo, lleno del divino ardor, era como un ex voto de carne palpitante en el altar de mi señora doña Venus. Eran claro blasón de tan amable debilidad sus ojeras moradas y la extenuación de su grácil figura, que, en la hora del amor, se retorcía como una llama de la hoguera universal y eterna del pecado.

Quizá estuviera en tan precioso temperamento la razón de su suerte, tan envidiada por sus camaradas. Los galanes gustan de los perfectos simulacros; el amor callejero tiene el fraude de la pasividad femenina, el fondo puerco y triste de la ausencia de la emoción, y Elvira se daba toda entera al amante de una hora, cerrando los ojos, tal vez para rimar la realidad del deleite con la divina vaguedad de un ensueño.

—Esa chica se está matando—decía *el Vallecas*.

Las mozas del partido suelen administrar mejor sus aposentos para uso de inquilinos transeuntes. Aguerridas á todas las sensaciones, conservan una perfecta ecuanimidad y tienen un blindaje para los impulsos varoniles.

Si pidiéramos parecer acerca del amor á las que del amor viven, nos dirían que nada hay más vacío, más sucio y más desconsolador.

Ellas son confesoras de bien grotescas y monstruosas extravagancias. Saben el secreto de muchas medulas pulverizadas, de todas las inversiones, de todos los tristes caprichos y las raras caricias con que la sensualidad hace delirar á la pobre carne ahita, flagelada de continuo por el deseo insaciable, como por un amo bárbaro y ciego.

Los *raros* son los más pingües amigos de las aventureras. Son los fracasados del amor sencillo y pujante, los que buscan el secreto confortador de la fuerza en el fondo verde y amargo de extrañas bebidas, á los que su imaginación enferma niega el placer verdadero, energía y salud, los que están catalogados en estas dos denominaciones morbosas: sadistas y masoquistas.

En aquella sazón la naturaleza fué servida de obsequiar á Elvira con un extraño encanto que aumentó el número de sus nocturnos amadores. Una tarde le dijo á la Araceli:

—¿Sabes que estoy embarazada?

—¡Anda, Dios! ¿Y de quién?—respondió la rubia soltando la locura de su risa.

La Elvira humilló tristemente la cabeza:

—¡Qué sé yo!

—Pues cuando quieras, iremos á ver á una vieja que me lo *deshizo* á mí. Se pasan dos días malos y nada más.

—¡No, yo no hago eso, Araceli!—clamó la moza con los ajos húmedos de un dulce lloro—. ¡Es una infamial repitió con las manos cruzadas sobre el vientre, donde palpitaba una nueva vida, mientras del fondo de su sér ascendía una onda de suprema ternura.

Cuando se supo que la Elvira estaba en cinta, redoblaron sus anhelos los rijosos visitadores, que hallaban en esto motivo de un singular encanto. Parecía que en ellos el genio de la perversidad se complacía en estrujar á la criatura que había de ser, á juzgar por sus fieras ardentías, ó que esa época del sagrado misterio da á las hembras el atractivo de una segunda virginidad; tal era deseado por el tropel febril el yacimiento con la moza.

En el alma de la Elvira se hacía una luminosa transfiguración. La vida iba adquiriendo un sentido más hondo y conmovedor; se explicaba plenamente el motivo de esta sucesión de horas monótonas y de episodios vulgares, y, al revelársele la razón preclara del vivir, sintió en su corazón un retoñar de esperanzas imprecisas, como si alborease una vida nueva.

Se echaba del lecho á una hora matinal, y cantando como un pájaro, comenzaba la tarea del almuerzo para su *hombre*, para su cariño, que estaba *allá arriba*, por haberla defendido. No interrumpía sus gorjas bulliciosas hasta acabar el quehacer. Se liaba en su mantón de largos flecos y, á medio vestir, con un pañuelo de seda que contenía sus negras crenchas despeinadas, se encaminaba á la Cárcel Modelo.

Entraba en la estancia amplia y húmeda con ambiente de cuadra, donde un carcelero hosco y soez daba las chapas de la comunicación. Al fondo había unos armarios donde se depositaban los envíos para los presos, y un mostrador de madera podrida. La Elvira dejaba sobre él su cesta.

—¡Cuarta galería! ¡Tres cuarenta y cinco!

El tres cuarenta y cinco era Alejandro, que se aburría espantosamente, sin poder tocar la guitarra, requebrar á las mozas ni correr por los bailes luciendo su empaque chulapo de buen mozo. Y total por unas *puñalaítas*. ¡Toda la casta de *el Chulo del pañuelo* no valía las *dus as* que él estaba pasando allí metido, sin ver á su *negra* de sus *entaañitas!*

Después, Elvira formaba en la fila de los que esperaban la hora de comunicar. Era un montón abigarrado, sombrío y gregario. Se alineaban en bancos de pino, entre un rumor sordo, en que detonaban como desgarraduras los vocablos obscenos. Había un hedor de pobreza sucia, de hacinamiento de humanidad. Las mujeres desgreñadas, sin afeites, sin coquetería, daban la sensación de criaturas sin sexo; eran carnaza triste y brutal.

Junto al mostrador, una gitanilla auribronceada trataba de apiadar al carcelero. Al reir se destrenzaba su moño bajo y ensortijado y sonaban cantarines los zarcillos. En sus ojos negros, que habían visto tantas tierras, acechaban los decires pícaros. En sus locos revuelos se alzaba la falda de percal floreada y se adivinaban las pantorrillas ebúrneas. Se veía que deseaba algo, con sus gatunas coqueterías.

El guardián se le acercó al oído:

—Lo que me pides, está prohibido por el reglamento; pero, si quieres, esta noche...

Y se fundieron las palabras en el rumor de una proposición *poco reglamentaria*,

Cuando se abrían los rastrillos, el montón humano se abalanzaba sediento hacia las rejas de comunicar. Elvira iba también, con el mantón flotante, buscando el rostro de su Alejandro á través de la doble reja tupida de cada compartimiento. Acercaban la cara á los barrotes como si quisieran sentir el mutuo calor, y se decían palabras encendidas de una pasión absorbente, fanática, como quieren los que están al margen social y cuyas vidas en tumulto tienen una tensión de hiperestesia.

Después de la despedida, de los adioses entre lágrimas, volviendo la cabeza á cada paso, Elvira regresaba á casa de la Eustaquia.

Acabado el almuerzo, salía á las tiendas á preparar el hatillo *para lo que naciese*. Era un dulce menester que la llenaba de ingenuo regocijo, y, hasta la hora de ir al salón de peinar, cosía los lienzos para pañales, se encantaba poniendo á los jubones y á los gorritos cintas de seda, azules, rosa... A veces, la aguja en el aire quedaba largo espacio como en éxtasis. Y lloraba hilo á hilo, dulcemente, silenciosamente.

—¿Quién habrá engendrado el angelito que llevo en mis entrañas?

Y esta pregunta brutal la caía en el alma como plomo hirviendo.

Un día la dijo el ama:

—Oye, Elvira, ¿que piensas hacer de la criatura?

La chica parecía no comprender, y respondió con una noble ingenuidad:

—¿Qué he de hacer? Criarle.

Muy absurda debió de parecer la respuesta á la devota señora, pues hizo un aspaviento como si se le hubiese aparecido el Gran Cornudo.

Pero ¡tú estás loca! Con el crío no vas á poder hacer nada.

Y añadió, persuasiva:

—La Antonio lo dejará en el torno del Refugio, y si tanto te pesa, le puedes hacer una señal, y mañana ú otro día...

—Basta, señora. Mi hijo no se separará de mí.

Y tenía al decirlo un bello y fiero gesto de leona.

Nada le importaba el porvenir ni la miseria; sentía en sus entrañas el dulce peso y los primeros latidos de aquella nueva vida que era carne de amor y de dolor. Anhelaba el instante en que su cuerpo se desgarrara y, entre el inmenso y excelso dolor de la maternidad, floreciera aquel sér que era sangre de su sangre.

Y sentía también un afán desesperado de huir de aquella vida, de aquella casa, de aquellas gentes... Viviría después... como fuera; sentía la felicidad del sacrificio por el tierno cachorro que, por brutal y sarcástica paradoja de la casualidad, que tatúa de ignominia la frente de los hijos de ramera, siendo el hijo de todos, era el hijo de nadie.

El dolor de la Antoñito.

La Elvira echó la última mirada al espejo, se quitó los polvos de los labios con el pincel rosa de la lengua, se anudó bien la liga sobre la media calada, donde sonó el agradable ruido de unas monedas de plata que guardaba, según usanza de la cofradía, en hucha tan encantadora.

—Ya estoy, Antoñito. ¿Vamos?

—¡A ver qué vida!—contestó la dueña, y salieron á sus paseatas de conquista.

La Elvira estaba contenta. Alejandro había sido puesto en libertad provisional y aquella noche habían decidido huir para siempre del hostal placentero. Sólo faltaba que la rodrigona no frustrase tan bello propósito. Estaba empeñada con la señora Eustaquia y no se podía marchar libremente: su cuerpo garantizaba los trajes y las baratijas, cuyo coste había adelantado la dueña al fiador.

En la calle de la Abada las esperaba Alejandro:

¿Queréis que tomemos unos combros?

Y penetraron en el cafetín de Ceferino. La vieja estaba un poco triste; fumaba lentamente, con los ojos opacos fijos en el fondo rojo y humoso de la caldera.

—¿Qué te pasa mujer? ¡Parece que te han dado cañazo!

La rodrigona se bebió de un trago la copa de aguardiente y contestó con voz sorda, abstraída, de una manera honda y trágica:

—¡Mi Estrella!, ¿sabes? Hoy hace diez y seis años que nos conocimos...

Su voz se estrangulaba en sollozos hipados y grotescos.

—¡Chico! Danos otras.

El mozallón trajo tres copas de *bala rasa*.

—¡La Estrella de mi alma! Hasta el último momento ganó dinero para mí. La noche

última que salió á la esquina trajo nueve pesetas. ¡Y ya recordaréis cómo estaba la pobre, que aquel mismo día la Eustaquia no quería darle sábanas!

El ama de la posada galante repartía á diario los finos lienzos para que los que venían se holgaran con su blancura y el aroma de salud de la ropa limpia.

Alejandro dió una palmada.

—¡Ceferino! Danos unas *bolas* y otras tres copitas.

—¡Es lástima; la pobre!... Todo el mundo la quería.

Un carnaval nos disfrazamos; yo iba de Diego Corrientes, con mi canana y mi trabuco, á caballo, y mi Estrellita en el arzón. Daba gloria vernos; yo tenía entonces el pelo cortado; ella apenas tenía veinte años, y era una monada.

—¿Y por qué la diste la patada en el pecho?

La arpía se estremeció y brilló un fulgor sangriento en sus ojos enormes.

—¡Chico, más aguardiente! Hay que emborrachar la pena.

—La primera vez que estuve presa, ella me llevaba la comida. Ya sabéis por qué fué; la corté la cara á un ama que dijo que mi madre era una... ¡Dos años que me tiré en Alcalá!

Y prosiguió, como si monologase, fumando y bebiendo aguardiente, sin mirar á nadie.

—Desnuda, parecía una flor: su vientre era una bóveda de raso, y sus pechos se erguían cuando yo los besaba. Nos queríamos de un modo que traía loco á todo Madrid.

Y la lumia trágica sonreía al evocar los viejos oros de su leyenda.

Trajeron más alcohol. La Antonio sentía pasar una onda visionaria entre la niebla de su melancolía. Su cabeza andrógina caía sobre el pecho con ritmo de péndulo, y un mechón gris surgía del pañuelo, sucio y enmarañado.

—Siempre dormíamos juntas; la pobre necesitaba *de* mi calor. ¡Hasta cuando tuve el tifus durmió conmigo! Cuando el querer es verdadero...

Se quitó la colilla de la boca y encendió un nuevo pitillo.

—Fuma, si quieres, chico.

Y dejó el paquete sobre el mármol azulenco y pegajoso.

—Se la contagió mi enfermedad y estuvo en la Princesa, pagando diez reales diarios. A poco la entrega.

El aguardiente destrenzaba bajo su cráneo sus absurdas devanaderas. Su garganta jadeaba y su boca sangrienta exhalaba una fetidez alcohólica. Cerró los ojos y la sombra de la muerta, hiposa y espectral, comenzó á danzar una loca zarabanda entre los vapores de la borrachera lúgubre.

A poco roncaba larga y quejumbrosamente.

Alejandro y la Elvira, aprovechando la ocasión, salieron del cafetín, de puntillas, para no despertar á la siniestra guardiana. Ya al aire libre, echaron á correr hacia una nueva vida de amor y de libertad.

Lejos de la pesadilla, la moza se estrechó contra Alejandro, y de su boca brotó el cantar ardiente de la noche aquélla...

¡En un cuartito los dos;
veneno que tú me dieras,
veneno tomara yo!

En el rincón del cafetín, la acompañanta, de bruces sobre el mármol, sollozaba en su delirio de aguardiente, y sus palabras rotas, machunas, tenían extraños enternecimientos.

—¡Mi Estrellita, desnuda, parecía una flor! ¡Mi Estrellita!... ¡Mi Estrellita!...

Un hombre sin honor.

La plazuela de Avapiés es el pintoresco solar de la clásica chulería.

Unos arbolillos enanos bordean la plaza, de casas pequeñas y antiguas. Los tenduchos abarrotan sus reclamos en las fachadas; se extienden las telas de todos colores abigarradamente; los taberneros sacan al arroyo sus veladores rojizos; cubren la vía los ambulantes con su vocerío jovial y pregonero; los tablajeros cuelgan de sus chiscones los sangrantes despojos, y hierve el aceite pastoso en las calderas de las mondonguerías.

Junto á la farola del centro se apiñan los bigardos jugando al *cané*, y las buenas comadres peinan sus honradas greñas en medio de la calle, bajo el luminoso regocijo del sol primaveral.

Se oyen las doce en la manolesca parroquia de las *chinches*. Suenan las campanas de las fábricas, se abren los talleres y cesa el tráfago en las obras. En las aceras humea el cocido amarillo y oloroso de los albañiles; van llegando por la calle del Olivar, por la de la Fe, por la del Sombrerete, las pintureras modistillas, andando como pájaros, ataviadas coquetonamente, con el peinado bajo resplandeciente de bandolina.

Las ventanas se abren á la mañana azul y pura, y el sol dora los limpios ajuares. De todos los hogares surgen aromas de cocina, se extienden los manteles y se oye el chasquear de las vajillas.

Entre una pandilla de cajistas, aparece Alejandro, con su blusa azul, un pañuelo de seda al cuello y la gorrilla donosamente ladeada. Desbe un balconcillo de la plazuela, la Elvira le ve llegar y le saluda con la mano; él la requiebra desde la plazuela, puesto en jarras, con su garbo chispero, y los dos echan á reir jubilosamente, sin saber por qué, que, al encontrarse juntos, una luminosa dicha de vivir desata las locas campanas de su alegría.

La chica tenía una espiritual delgadez, y los ojos eran más brillantes en la mate palidez de la cara. Su cuerpo ondulante iba, poco á poco, reviviendo en una lánguida convalecencia. Su traje casero y sencillo daba á su morena belleza un perfume de mujer honrada.

El cuartito era pequeño y blanco, con muebles nuevos. En la alcoba, sobre la colcha rameada, dormía un niño pequeñito, pálido y con los ojos muy grandes, como su madre. Sus mantillas eran finas y con anchas puntillas, y el jubón tenía cintas de seda azul. Estaba lindamente adornado, como si la Elvira abdicase sus coqueterías en aquella cristalización amorosa de una noche imprecisa, Dios sabe con qué galan...

Llegó corriendo á abrir la puerta. Alejandro subia cantando por la escalera; se dieron un beso lleno de pasión en plena boca y, abrazados, fueron hasta el nene, que dormía, y pusieron sus labios sobre la carita sedeña, con caricia suave. como un rozar de pétalos de flor. El niño abrió los ojos y sonrió.

Alejandro le cogió en brazos y corrió con tan frágil peso por la estancia, cantándole, poniéndole en alto.

—¡Loco, que le vas á dejar caer!

Dieron dos golpecitos en la puerta.

—¿Se puede?

—Es la vecina ¡Pase, señora Magdalena, pase!

Entró la buena comadre con los brazos remangados, parlera y campechana.

—¡Ven que te bese, crío, que eres una alhaja.

La vecindona apretujó á la criatura, besuqueando sus mejillas gordiflonas.

—Da gloria verle. Y, entonces, esta tarde es el bateo, ¿verdad, señor Alejandro?

—En cuanto salga de la imprenta. Ya lo sabe usted; les dice á todos los vecinos que están convidados. Quiero tirar un puñado de duros por la ventana. Después de la ceremonia se beberá y se gritará hasta que se rompa el gaznate.

—Y ¿cómo van ustedes á *poner* al chico?

—¿Cómo hemos de ponerle? Alejandro, como su padre—gritó el mozo alegremente mientras Elvira bajaba los ojos llenos de lágrimas.

Y por la mente del mozo pasaba la visión cruel de esas pobres vidas tatuadas inicuamente por la crueldad social. Los hijos de las rameras pagan la extraña culpa con excesivos réditos de dolor y de vergüenza. Es un terrible secreto que deben guardar siempre, un estorbo para la lucha de vivir y una indignidad colectiva.

Alejandro no lo había premeditado; lo hizo por un impulso sentimental, por una noble ráfaga de ternura.

Era la hora del perdón, del olvido de las tristes abyecciones. La ola de amor de la maternidad había sido Jordán purificador para la ramera Elvira, la Venus morena de la galantería callejera, y aparecía al resplandor de su nueva vida noble y sin mancha.

Cuando se fué la señora Magdalena, la Elvira desbordó su llanto, lágrimas de divina alegría, lo más florido de un alma, en la cumbre inefable del sentimiento:

—¡Qué bueno eres, amor de mi vida! ¡Das tu nombre á mi niño, el hijo de una golfa, el hijo de todos!

—¡Bah! ¡Ya sabes que yo soy un hombre sin honor!—Y, al decirlo, no sentía en su alma la amargura de las otras veces. El sentimiento de una alta bondad, sobre todos los convencionalismos, le daba una clara y luminosa alegría.

La Elvira le miraba en éxtasis. Alejandro tenía el niño en brazos y se recostaba bajo el marco del balcón. Los oros del sol primaveral ponían en torno á su cabeza un halo resplandeciente.

Emilio Carrere.

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

Directorio Madrileño de Industrias, Comercio y Profesiones

A plazos. Sastrería.
GUIDOTTI Y NAVARRO
Elegante casa que también trabaja á plazos mensuales.
Carretas, 23 y 25, principal.

Al todo de ocasión
Compro alhajas, antigüedades, encajes, telas, abanicos antiguos y aparatos fotográficos, pianos y pianolas.
FUENCARRAL, 45.—TIENDA

EL CUENTO GALANTE

La mejor y más barata
de las Revistas literarias.

Publica todos los jueves una novela inédita ilustrada á dos tintas.

NUMEROS PUBLICADOS

1 **¿Cuál de los dos?**, por Joaquín Dicenta.
2 **Mi hermana Antonia**, por D. Ramón del Valle-Inclán.
3 **El Capricho de Estrella,** por Antonio de Hoyos y Vinent.
4 **Era El**, por Francisco Villaespesa.
5 **Los Reyes pasan**, por Eduardo Zamacois.
6 **La tristeza del burdel**, por Emilio Carrère.
7 **Por la Ronda de Valencia,** por Fernando Mora.
8 **Serafines de retablo**, por Diego San José.
9 **Eleonora**, por Rafael López de Haro.
10 **Augusta,** por D. Ramón del Valle-Inclán.
11 **Amores que allá quedaron**, por Benigno Varela.
12 **Se deshojó la flor,** por Claudina Regnier.
13 **Una aventura de amor**, por Emilio Carrère.
14 **Príncipes y cortesanas,** por Prudencio Iglesias.
15 **La escuela de las coquetas,** por Julio Hoyos.
16 **Una gran mujer,** por Alberto Valero Martín.
17 **La tragedia conyugal de un hidalgo,** por Antonio Roldán.
18 **El divino amor,** por Emilio G. del Castillo.
19 **La Hermandad del buen sendero,** por Augusto Martínez Olmedilla.
20 **Adelfa,** por Eduardo Barriobero.
21 **La Adúltera,** por José Reygadas.
22 **Gloria la Tuna,** por Ortiz de Pinedo.
23 **La loca de la casa,** por Andrés González Blanco.
24 **La caída de Teresita,** por Diego Martín del Campo.
25 **El milagro de Santa Maravillas,** por Federico Trujillo.

Imprenta de Félix Moliner, Mendizábal, 6.—Madrid.

M. DASI